

EDUARDO BLAUSTEIN

EL ETERNO SILENCIO

Novela

OBLOSHKA



EL ETERNO SILENCIO

EL ETERNO SILENCIO

EDUARDO BLAUSTEIN

OBLOSHKA



Dirección editorial: Silvia Itkin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,
sobre diseño de colección Estudio ZkySky

Imagen de tapa: Verónica Morvillo.

© **Eduardo Blaustein**, 2020

© **Obloshka**, 2020

ISBN: 978-987-47899-0-7

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin previo consentimiento del editor/autor.

A Vero, en el alma de estas historias.

A hijas (siempre ligan).

Saludos a I. y a N.

Caricias a Hindi, Kuma y campos de los alrededores.

“Nuestros años de estrépito parecen instantes en el seno del eterno silencio.

William Wordsworth, “Oda. Insinuaciones de inmortalidad de temprana infancia”.

Citado por Arnold Toynbee en *La vida después de la muerte*. Con Arthur Koestler y otros.

*Lo peor no ha llegado
En tanto podemos aún decir:
“Lo peor es esto”.*

William Shakespeare, *El rey Lear*

Niebla densa, cerrada.

El tipo en el centro de la niebla, sentado a una mesa enorme. Invisible. Nada alrededor, ni a un paso, ni a cien, sin que se distingan las copas de los árboles cercanos. No hay cielo. Masa homogénea semioscura, quieta. Es todavía de noche, raya el alba; hace frío. Últimos días del invierno.

El tipo sentado se imagina yendo hacia él. Abriéndose paso en la niebla, hendiéndola con un caminar de simio grande, de borceguíes pesados. Avanza desde el monte reconcentrado, maldito, dientes apretados. O es otro el que se acerca —y no él mismo— sigiloso, yendo en su búsqueda, un tercero. Él mismo u otro yendo hacia sí. Para provocarlo, para buscar pelea con pocas palabras. Para buscar revancha. No es importante. Nada tiene sustancia, piensa que se dice sentado a la mesa o lo piensa el otro yo desdoblado. Permanece rígido. Se imagina el avance en la niebla desde el monte lindante, emanada del campo escarchado, napas de distinta densidad.

Todavía no amanece. Alguien que camina en la oscuridad del monte, entre árboles espesos, sin linterna, quizá armado.

Oscuridad y piso duro. Humedad fría, olor acre de los pastizales, rumor del arroyo ahí nomás del rancho. Si alguien avanza, esa forma tropieza contra suelo irregular, enredándose en ramas. En la niebla va, en la nada. En la niebla que no resplandece porque no hay luz.

Amenaza el alba y con ella, formas. Luego un fondo voluminoso, una masa mayor. Alguien avanza hacia él, que está sentado, rígido, a la mesa cuya tapa es una gran lápida de mármol blanco amarillento, sobre patas curvas de roble. El tipo lo rumia así mientras pasan los minutos y una luz tenue intenta dar un primer contorno al mundo, todavía no a un horizonte. Comienzan a hacerse más nítidas las líneas que separan las napas de niebla. Troncos, monte, claros, ramas, formas globosas, espinas, nidos, telarañas que tiemblan. La masa sombría al fondo, pasando el claro grande que entorna la casa de material, o rancho, no son cerros. Son las copas de los árboles, monte que se va cerrando sobre la orilla del río.

Más cerca. Un hombre rígido ante una mesa enorme; una enorme mesa de mármol. Cosas, formas, volúmenes. Una higuera reseca inmensa, varias veces retorcida sobre sí misma. Las ramas viejas cayendo, haciendo de bóveda.

Para cuando canta el primer pájaro olvida lo que imaginaba. Si el que avanzaba hacia él —él mismo u otro— cargaba un machete o un 38. Olvida —amanece— que estaba pensando, sin mayor peso ni densidad, que esperaba desde la eternidad lo que fuera a pasar por haberse mandado tantas cagadas. Porque la cagó mal. Muy mal la cagó.

Siete y pico de la mañana. El amanecer tristísimo del invierno con niebla sobre tierra endurecida y pastizal blanco, cuando se necesitan eternidades para que tranquilice un horizonte.

El tipo —solo una campera sobre un pulóver deshecho de lana gruesa, puesto directamente sobre la piel— sigue rígido o congelado, alerta, las alpargatas de yute sobre la escarcha, dos pares de medias enrollados sobre el pantalón bombacha, comiendo un bizcocho de grasa tras otro; la otra mano crispada sobre el mate, la pava cerca.

Cuando vacía la bolsa de papel engrasado, se pone de pie. Patea el piso para sacarse el frío y desentumecer las piernas. Entra al rancho de material con la bolsa de papel vacía y el mate. Sale con la pava de agua hirviendo y se sube el cierre de la campera. Es un hombre alto, medianamente fornido, de barba entrecana mal llevada. Se ajusta un gorro de lana. Va hasta la furgoneta. Echa el chorro de agua caliente sobre el parabrisas para derretir el hielo. Repite la operación con la luneta. Pone en marcha el motor, el cebador abierto. Lo deja calentar diez, quince minutos. Sale un humo ferroso del caño de escape, recubierto de barro seco, atado con alambres.

Escupe humo y aceite el caño de escape bajo el alero precario del galpón. De las vigas cuelgan ganchos, tientos, cadenas, lámparas de ferrocarril, paraguas en desuso, cuerdas, aperos, salamines, el caparazón de una mulita, una pata de cordero, cueros de oveja. Más allá, un jaulón con gallinas y otro con tres conejos.

Otra forma cobra vida bajo la mesa enorme. Es un cordero de pocos días atado con una soga que va de una pata de la mesa a una pata del cordero.

El tipo vuelve al rancho. Sale con un biberón con leche tibia. Se acerca a la mesa. Tira de la soga. Le acerca el biberón. El cordero no aprende a tomar. Se lo mete en la boca de prepo. El cordero alcanza a lamerlo apenas, sin succionar. Entonces se lo quita. El cordero bala. El tipo amaga con darle el biberón y lo aleja. Amaga y lo aleja. El cordero vuelve a balar. El tipo le dice al cordero callate, la concha de tu hermana, y tira fuerte de la soga. La madre oveja llama de lejos, desde algún punto en la niebla que no se deshace. El tipo se reitera con la madre oveja fuera de cuadro: callate, la concha de tu hermana. Tira fuerte otra vez. El cordero queda despatarrado, sin coraje para ponerse de pie.

Queda con el biberón en la mano. Amanece, la niebla comienza a levantar apenas. El tipo abismado, ahora con la vista perdida en un hormiguero. El verano pasado el hormiguero creció, se infló al calor de un viejo chapón que perteneció a un tanque australiano, el chapón apoyado contra alambrado caído.

Deja al cordero atado. Sube a la furgoneta que carraspea. Pone primera, arranca, se va por el camino de tierra. La oveja sigue llamando.

Está trabajando calzado en alpargatas, los correspondientes bigotes de yute saliendo de las puntas,

los agujeros correspondientes a la altura de las uñas gruesas verdosas que asoman, las de los dedos gordos. Los pies desnudos en las alpargatas, ya sin el doble juego de medias. El mismo pantalón bombacha verde, mal metida la camisa de trabajo manchada de aceite de máquina, una cuerda para atar el pantalón.

Trabaja inclinado sobre la mesa de mármol, bajo la cúpula de la higuera crapulosa. De tanto en tanto se mira con un carancho más bien imponente, inusual, que desde una rama intermedia también lo mira. Ojo, le dice al carancho, y se lleva el índice a un párpado inferior para enfatizar la advertencia. Mira hacia los costados, se yergue a veces. A la espera de algo, se rigidiza.

Seis y media de la mañana de otro amanecer de brumas, ahora en octubre dudoso. Más tibias las formas vaporosas, volutas sobre el arroyo ya menos oscuro, que discurre en silencio, fondos grises más claros. Elucubra que cuando la neblina se desplaza, conteniendo sus partículas de agua diminutas, es como si pudiera verse el aire, comprobarse de manera empírica la existencia del aire.

Lejos, un caballo, un colorado. Husmea la tierra y pasta. Por entreverse en la niebla parece más grande, más corpulento, recio, mitológico. Hoy sí —quizá— un cierto resplandor hará brillar rocío sobre los pastos ocres y blancos.

Sobre la mesa de mármol blanco amarillenta, mesa de disección, tiene al carpincho rajado en dos, bien abierto. El esternón aserrado, el cuerpo patas para arriba, los

costillares rojos expuestos. Las vísceras ya fueron a parar a los perros; la sangre, a la tierra o con destino a morcillas. Varias cuchillas bien afiladas sobre la mesa, trapos, la chaira a un costado. Con una punta del cuchillo comienza a cuerear al animal por las patas.

A estas horas no hay moscas, el carancho mira, el tipo le repite: ojo con lo que hacés. La punta de la cuchilla hiende y rasga entre cuero grasiento y carne. A la vez corta y se desliza. Con precisión, tirando fuerte del cuero, lo va desprendiendo de a poco para sacarlo entero. Todo se vende, de algo hay que vivir. La mano gruesa traza mediante la cuchilla líneas que van de las patas al cuerpo, alguna otra irá del cuerpo al cuello. Veinte o treinta minutos de trabajo con el carancho en guardia y él atento a lo que pase en la nada, nada alrededor. Mirando a uno y otro lado a medida que avanza cuereando, balanceando el cuchillo por la empuñadura, afilando, entrecerrando los ojos cuando se yergue, queriendo discernir movimientos en la distancia, llevando las cuchillas de mano en mano, atento al movimiento de los perros, al tintineo de sus cadenas.

Si fuera para asarla, el tipo debería sacarle el tufo a la carne grasienta adobándola a lo bruto con limón, laurel, ajos, romero. Dejar el carpincho abierto una noche al sereno, siempre que no haya luna llena. Pero vive solo con los perros y vive de estas cosas. Hoy toca escabechar carpincho. Habrá que dejar enfriar la carne, quitar grasa cortando y raspando, deshuesar, trozar, meter los trozos hervidos ya parejos en agua, vinagre, hojas de laurel.

Los perros son dos dogos y hay un tercero, macho atigrado, de rayas rojas, que parece una hiena. O un tigre de Tasmania. Los tres perros lo miran de lejos, sentados en sus patas traseras, rectas las delanteras, las cabezas levantadas, estudiando los movimientos del tipo y echando muy de cuando en cuando un gemido, un pestañear, un revoleo melancólico de la cabeza, un trago de saliva y una lamida.

No tiene nombres para los perros. Les llama dogos a los dogos y hiena al macho atigrado, en cuya cabeza quedó impreso un rastro de bóxer.

El tipo resopla y putea. Aunque paciente y diestro, fue más fácil matar a tiros al carpincho, no tanto sacarlo del arroyo. Los jodidos son los jabalíes.

Va hasta el alero del galpón para buscar un gancho del que colgar al animal. Al quitarlo se balancea todo lo demás y choca: los otros ganchos, las cadenas, tres pájaros muertos atados de las patas coleccionados sin mayor razón o para la venta, tientos, las lámparas de ferrocarril, los paraguas viejos, dos cueros de oveja, los cráneos de esas mismas ovejas, uno con cuernos, otro no, aperos. Ya no hay salamines ni la pata de cordero. Más allá, la jaula de las gallinas. Comió uno de los tres conejos, vendió dos. El cordero que estaba vivo murió, nació débil y estúpido. La madre oveja pasta con otras veinte, el tipo abrió el corral — el piso barroso muy cagado— con la última estrella.

El rancho de material está en un claro grande entre un monte y el otro monte que se va cerrando contra el arroyo